

#### 4.

### **Un siglo de quimeras clasificatorias**

#### *Elementos para la historia de las Áreas Culturales de América del Sur<sup>1</sup>*

MONTSERRAT VENTURA I OLLER

UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

En la cartografía colonial de las Américas se inscribe una primera división de la sociedad entre indígenas y no indígenas; una división materializada en mapas que distinguen la tierra nombrada (tierra conquistada), de la tierra incógnita, ocupada en el imaginario europeo por masas homogéneas de salvajes. Con el avance del frente colonial, el territorio ignoto se organiza en indios de paz e indios de guerra, una forma de reconocer las alianzas o el control territorial frente la renuencia de las sociedades que huyen o rechazan ostensiblemente el proceso conquistador; una mirada presente en las primeras grandes clasificaciones de Bartolomé de las Casas y más tarde de José de Acosta, basadas en la posibilidad de integración política de los pueblos indios al poder hispánico (Padgen, 1987). Mientras, los primeros colonos de Brasil dividen la «masa india» distinguiendo los grupos tupi agricultores, de los

1 Este texto es fruto de un trabajo documental en bibliotecas y archivos en París, Gotemburgo, Nueva York y Washington, mayoritariamente financiada a través del proyecto FROCGLOB (Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia HAR2017-86776-P) del grupo de investigación AHCISP de la UAB. Agradezco la buena acogida del personal de los respectivos archivos, particularmente de la Médiathèque del Musée du Quai Branly, del Archivo del que fuera Museo Nacional de Gotemburgo, de los Archivos Nacionales de Antropología (NAA) y del National Museum of American Indian (NMAI), así como de la Biblioteca de Antropología John Wesley Powell del Depto. de Antropología del National Museum of Natural History, de la Smithsonian Institution, en Washington.

grupos no-tupi, que llevaban una existencia errante y eran generalmente hostiles (Métraux, 1946: 130). Evocar aquí la prehistoria misma de la antropología americana nos permite observar que ya en sus raíces la distribución espacial de los grupos humanos respondía a una combinación de criterios culturales y políticos.

Ahora bien, si la relación colonial ha influido la mirada antropológica y su rol de puente entre las sociedades subyugadas y el poder colonial, especialmente en las escuelas enfocadas a sociedades africanas o del Pacífico, en el caso americano esta relación es distinta y más compleja por su misma composición (Taylor, 1984). América Latina ha sido objeto de una reflexión antropológica en Europa, Estados Unidos y en el propio continente desde el siglo XIX, desprendida del pasado colonial hispánico<sup>2</sup>. Probablemente, esta circunstancia ha permitido que en Europa la reflexión sobre los pueblos amerindios tuviera un carácter más intelectual, guiada por prejuicios o valores universales, mientras que, al menos, una parte de la antropología norteamericana, estuviera sometida a partir de la Segunda Guerra Mundial, a intereses geoestratégicos neocoloniales, y que ello haya influido en la concepción misma y el sentido último de las clasificaciones de los pueblos. De hecho, podríamos considerar que, a pesar de haber nacido en la Europa decimonónica, el concepto de área cultural existió como pieza clave de la antropología gracias a su desarrollo americano desde inicios del siglo pasado (Bender, 2017), y que obtuvo su máximo apogeo con el *Handbook of South American Indians* (HSAI) (Steward, 1946-1959), la obra magna que reunió alrededor de cien antropólogos, arqueólogos y lingüistas mayormente norteamericanos, pero también latinoamericanos y algunos europeos. Sin ánimo de otorgarle más peso del que realmente tuvo (y lo tuvo), en este capítulo, escrito a modo de introducción a la sección sobre las áreas en América del Sur, describiremos este gran proyecto a la luz de la clasificación en áreas, así como algunos elementos del magno proyecto cuasi paralelo que contribuyó a configurar, el *Human Relations Areas Files* (HRAF). Para situarlos, señalaré algunas contribuciones previas que darán luz a las clasificaciones de las culturas amerindias, en Europa primero, y en los Estados Unidos después, restringiendo este

- 2 Situamos el origen a finales del siglo XIX por su enfoque en la naciente disciplina antropológica, pero la reflexión se produce desde el primer momento de la colonia. Existen excelentes síntesis críticas dedicadas a ello en los textos reunidos por Salomon y Schwartz (eds.) (1999), entre otros. Para los países andinos ver también Salomon (2012: 18-97).

ejercicio por razones de espacio a algunos autores cuya influencia fue clave. Terminaré esbozando muy brevemente la emergencia de algunas tendencias actuales que, sobreviviendo a las críticas de los años setenta, permiten pensar en la pervivencia de las áreas culturales.

### Elementos para la comprensión de la tradición clasificatoria europea

Aunque el americanismo europeo difícilmente se puede encasillar en tradiciones estatales, y se configuró como una red supraestatal de sabios, en sus inicios destacan figuras muy vinculadas a los museos, que con el tiempo serán clave para la configuración de escuelas antropológicas. Entre las más importantes encontramos el francés Paul Rivet (1876-1958) que se enrola en 1901 como médico de a bordo en la Segunda Misión Geodésica Francesa al Ecuador (1901-1906), destinada a confirmar los resultados de la Misión Franco-española que en 1735 liderara Charles Marie de la Condamine. Aunque la primera tenía por objetivo medir el arco del meridiano terrestre y confirmar la teoría de la gravedad de Newton, y la segunda poner a prueba los avances científicos franceses finiseculares con aquellos datos, ambas generaron relatos y mapas eloquentes sobre el territorio de la antigua Audiencia de Quito, y la incipiente República del Ecuador (Capello, 2010: 151). En un momento de disputa sobre el alcance del territorio ecuatoriano, notablemente conflictivo respecto del territorio amazónico, la cartografía de la segunda misión científica francesa se centró en el área del triángulo geodésico, reducida al área andina y el litoral. Solo Rivet, seducido por la obra del exjesuita y Obispo Federico González Suárez –historiador y arqueólogo–, y del prior dominicano Enrique Vacas Galindo –misionero en el Oriente ecuatoriano y conocedor de la región shuar–, incorporó como ellos la Amazonía y sus habitantes en su producción ecuatoriana. De aquí su mapa arqueológico-etnográfico, que incluye el territorio amazónico reclamado por las élites ecuatorianas frente a las repúblicas vecinas, siguiendo la tradición cartográfica de mencionar los grupos étnicos que lo habitan para incorporarlos al territorio nacional<sup>3</sup> (Capello, 2010).

3 Paul Rivet, *Carte Ethnique de la République de L'Équateur et du Bassin du Ht. Amazone (Rive gauche)*(1912). Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador, Quito, Ecuador (en Capello, 2010).

Ante la imposibilidad de visitar la región jíbara en razón de su rango militar (lo que no le impidió escribir sobre este grupo a partir de 1909), Rivet ocupa su tiempo con una misión menor a la región de los entonces llamados colorados (Conklin, 2015: 103-104; Laurière, 2008a; Rivet, 1905; Ventura, 2012), una escapada iniciática que se hará común entre los jibarólogos posteriores. Como médico, Rivet realiza múltiples medidas craneales a los indígenas, pero gracias a su nueva vocación descubre también la vida social y recoge informaciones arqueológicas, lingüísticas y etnográficas de gran utilidad que le hicieron abrazar la definición inclusiva de la antropología a su regreso a Francia. En 1906 Rivet se libera del ejército y entra en el laboratorio de antropología del Museo de Etnografía del Trocadero, que más tarde se convertiría en el Musée de l'Homme, bajo su dirección. Si bien es cierto que la organización de las colecciones de un Museo debe tanto a una filosofía científica como a un contexto de relaciones —contactos que animan donaciones, subvenciones que marcan misiones de campo y salas de exposición, celebraciones políticas y por descontado un pasado colonial—, a Paul Rivet le animaba «la voluntad de hacer de nuestro Musée el gran establecimiento de enseñanza popular y de investigación científica que debe ser, de poner en valor todas sus incalculables riquezas y de hacerlo digno del admirable esfuerzo colonial de nuestro país» (Rivet y Rivière, 1931: 10), y ello a pesar de su filoamericanismo y del escaso pasado colonial francés en aquel continente.

En paralelo a Franz Boas, a quien conocía, y con el que mantuvo una relación continuada<sup>4</sup>, pero con menor formación, Rivet se libró a la clasificación de las lenguas<sup>5</sup>, a las que consideraba centrales para entender

4 La vocación americanista común sirvió de base para una relación epistolar de hasta 127 cartas entre 1929 y 1941, sobre temas de antropología americanista, y sobre la situación generada por la gran guerra en Europa (Laurière, 2008b: 70-71), o temas más prácticos, como que Boas consiguiera fondos en distintas ocasiones durante los años veinte para sostener el *Journal de la Société des Américanistes* dirigido por Paul Rivet (Laurière, 2009: 106).

5 De hecho, Paul Rivet, que fue mentor de Alfred Métraux (una de las figuras clave del HSAI, como veremos), firmó el artículo sobre clasificaciones lingüísticas de las tribus de la región del Alto Amazonas en el tercer volumen del HSAI. Una excepción, dado que la mayor parte de mapas de lenguas y dialectos de toda Sudamérica estuvieron a cargo de Betty Meggers, discípula de Steward y destacada arqueóloga, con la asistencia del antropólogo y lingüista J. Alden Mason, coordinador de la sección lingüística. Cabe señalar que la mayoría de europeos que participaron en alguna sección del HSAI tuvieron relación con los Estados Unidos y el propio Rivet fue refugiado en Bogotá y acogido en New York por

los movimientos de población, dado su marco difusionista y su interés fundamental por «los orígenes del hombre americano»<sup>6</sup>. Esta mirada no procedía tanto de la escuela del *Kulturkreise* de Viena como de la influencia de su colega sueco Erland Nordenskiöld (Conklin, 2015: 104-111). Con este, además de intercambios científicos, Rivet impulsaría el americanismo en Europa como medio de superar las animadversiones nacionalistas después de la Primera Guerra Mundial, junto al alemán Theodor Koch-Grünberg<sup>7</sup>, convencido que el americanismo, con su marcada transdisciplinariedad, estimulaba la solidaridad científica e invitaba al diálogo (Laurière, 2009: 100).

Fue precisamente Erland Nordenskiöld (1877-1932) otra gran figura del americanismo del primer tercio del siglo xx, también a cargo de un museo de referencia. Nordenskiöld se ha descrito como un hombre de campo «amigo de los indígenas» (Rivet, 1932; Alvarsson y Agüero, 1997)<sup>8</sup>. Empirista, a caballo entre el evolucionismo y el difusionismo, fue una figura central de la escuela Nórdica de Antropología (la denominada escuela de Gotemburgo), e impulsor de los estudios etnográficos comparativos para el continente sudamericano (Lindberg, 1997). Sus expediciones a América conformaron el Museo de Gotemburgo que fundó y dirigió hasta su muerte en 1932. Convencido de la urgencia de estudiar a los pueblos indígenas antes de su desaparición, se dedicó, como Boas y Rivet, a la etnografía y la lingüística, pero también a los aspectos inmateriales de su cultura, como muestran sus estudios sobre el alma entre los chocó y los cuna de Colombia y Panamá. Nordenskiöld fue un puente e influencia entre la escuela nórdica, la escuela alemana con Theodor Koch-Grünberg y la francesa, con Paul Rivet, y

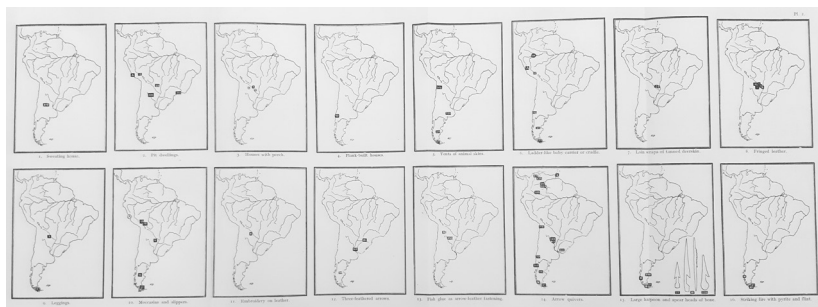
---

The Latin America Refugee Fund durante la Segunda Guerra Mundial (Rivet, 1944). Fueron numerosos los etnólogos franceses que debieron salir del país, por ser judíos o por participar de la Resistencia y defender postulados antirracistas (Conklin, 2015: 399-456).

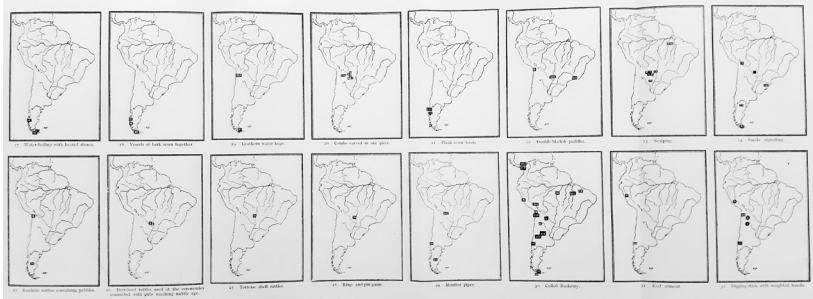
- 6 Rivet es autor de una entonces arriesgada teoría que proponía que el poblamiento de América se había originado tanto por Siberia desde Asia como a través del Pacífico desde Australia y Melanesia (Rivet, 1943), planteamiento que no era compartido por sus colegas americanos (Conklin, 2015: 113).
- 7 A pesar de no conocerlo personalmente, Rivet mantuvo una intensa correspondencia con Koch-Grünberg, primero sobre lingüística y antropología americanas, y a partir de 1919 sobre la guerra y la reconciliación (Kraus, 2010b).
- 8 Métraux explica el buen recuerdo que de él guardaban en el Chaco y Rivet cuenta cómo lloraron su muerte en los pueblos de la «República Independiente de Tule» (Rivet, 1932).

el franco-suizo Alfred Métraux, quien a su vez fuera puente entre Francia y Estados Unidos, como veremos más adelante. Y esto entre las dos grandes guerras que separaron sus países de origen. Nordenskiöld fue quien desarrolló el método cartográfico en etnología. Como tantos otros etnólogos de la época, buscaban el «cuadro de la civilización india en el momento de la invasión europea» (Rivet, 1932: 299), antes de la aculturación y este dato ha marcado los mapas de las culturas de América en el siglo xx (es decir, una tabla anacrónica ya a inicios del siglo xx; ver también Muñoz, *infra*). A pesar de reunir una enorme colección etnográfica, el Museo de Gotemburgo no contendría objetos de todas las culturas y por ello, aunque para Nordenskiöld, como para Boas, cada cultura era única, se concentró en «tipos culturales» para mostrar la adaptación del ser humano a todas las regiones geográficas. (Lindberg, 1997: 72-73). Su perspectiva era histórico-geográfica (Hultkrantz, 1997) y aunque recalca la capacidad indígena de invención (Nordenskiöld, 1929), la difusión domina su análisis. En su estratificación cultural de América hay un equilibrio entre la difusión y el entorno físico, que acabó también influyendo a Robert Lowie (Hultkrantz, 1997: 130), autor este último, también relevante en el proyecto del *Handbook of South American Indians*, y eso aunque su editor, J. Steward, escribió una dura crítica al difusionismo en su quinto volumen. Ahora bien, Nordenskiöld no solo se complace en elaborar listas comparativas de elementos culturales presentes en distintos grupos de América del Sur, sino que también intenta comparar con grupos oceánicos (Nordenskiöld, 1931) y busca detectar el origen de las invenciones en tiempos del contacto (Nordenskiöld, 1930).

Figura 1. Mapas de distribución de algunos elementos culturales (Nordenskiöld 1931, Pl.1)



**Figura 2. Mapas de distribución de algunos elementos culturales (Nordenskiöld 1931. Pl.2)<sup>9</sup>**



Quizás por su interés por la parte inmaterial de la cultura, desde el Museo de Gotemburgo Nordenskiöld apoyó los estudios de campo del etnólogo finlandés Rafael Karsten (1879-1956) (Lindberg, 1997: 69), autor que, al igual que Rivet, realizó una escapada a visitar a los «colorados» en espera de su expedición hacia los «jibaros», por cuya obra es más conocido, pero también porque es el autor de una menos aplaudida compilación sobre indígenas de Sudamérica centrada exclusivamente en aspectos espirituales. Su obra comparativa *The civilization of South American Indians, with special reference to magic and religion* (1968 [1926]) no tiene ningún mapa, y su principal criterio organizativo son los grados de civilización, donde los Incas representan el grado más avanzado

9 Nordenskiöld incluye en su estudio sobre el «Origen de las civilizaciones indias de Sud América» 32 mapas (en dos planchas, de 16 mapas cada una), que describe en un apéndice (1931: 77-94) de forma individual, sin intentar en ningún momento configurar un mapa de áreas que superponga la distribución de dichos elementos de cultura material, los cuales le sirven para avanzar hipótesis sobre invención, distribución y migraciones, en el seno de Sudamérica y en relación a Norte y Centro América y Oceanía. Los incorporamos para mostrar el efecto del conjunto a pesar de su poca legibilidad. Las leyendas de los mapas en el original son: Pl. 1: 1. Sweating house, 2. Pit dwellings; 3. Houses with porch; 4. Plank-built houses; 5. Tents of animal skins; 6. Ladder-like carrier or cradle; 7. Loin wraps of tanned deerskin; 8. Fringed leather; 9. Leggings; 10. Moccasins and slippers; 11. Embroidery on leather; 12. Three-feathered arrows; 13. Fish glue as arrow-feather fastening; 14. Arrow quivers; 15. Large harpoon and spear heads of bone; 16. Striking fire with pyrite and Flint y Pl. 2: 17. Water-boiling with heated stones; 18. Vessels of bark sewn together; 19. Leathern water bags; 20. Combs carved in one piece; 21. Plank-sewn boats; 22. Double-bladed paddles; 23. Scalping; 24. Smoke signalling; 25. Rawhide rattles containing pebbles; 26. Deer-hoof rattles used at the ceremonies connected with girls' reaching nubile age; 27. Tortoise shell rattles; 28. Ring-and-pin game; 29. Monitor pipes; 30. Coiled Basketry; 31. Rod armour; 32. Digging-stick with weighted handle.



mientras que los indígenas del Chaco, amazónicos o del oeste andino están entre los menos civilizados; de hecho busca afinidades que atraviesan todo el subcontinente, y reconoce que algunos indígenas de tierras bajas presentan rasgos más complejos. No se detiene en las diferencias en las formas de organización sino de espiritualidad, siendo su punto de partida un animismo evolucionista tyloriano. Hijo de pastor presbiteriano y de una familia muy religiosa de una aldea finlandesa, aunque se liberó de su influencia al trasladarse a Londres y Suecia, no se despegó de una mirada basada en la espiritualidad de los pueblos indígenas. Era excesivamente idealista, y sin embargo muy hábil para describir con sumo detalle etnográfico cualquier aspecto que considerara de origen espiritual, es decir, casi toda la vida indígena.

Karsten fue una figura controvertida, de ideas evolucionistas ya entonces anacrónicas, muy ceñido a datos empíricos de su propia cosecha, y se atrevió a contradecir a sus maestros Edward Westermarck y Erland Nordenskiöld. No entró en los círculos americanistas, y solo contribuyó en el *Handbook of Latin American Studies* en 1937 con un «General Statement» de la etnología de Sudamérica. En ella comentaba la escasez de buena etnografía sobre la región junto al gran interés de su estudio sobre religiosidad, pero no escribirá ningún texto para el HSAI de Steward. A pesar que algunos (solo algunos) de los artículos del HSAI sobre grupos que él había etnografiado lo citan, no llegó a participar, por lo que le quedó probablemente cierta amargura, que destila en su crítica del HSAI (Karsten, 1954). En la reseña admite que el HSAI describe una «amplia variedad de culturas humanas desde el salvajismo hasta una relativa civilización» (Karsten, 1954: 1); pero lamenta la escasez de datos obtenidos con rigor metodológico, por etnógrafos formados capaces de realizar largas estancias en un mismo grupo y conocedores de su lengua, por lo que solo se conoce la cultura material, mientras que la cultura intelectual, ideas religiosas y ritos son tratados como secundarios, algo lamentable porque sin estos conocimientos tampoco se puede comprender la cultura material (Karsten, 1954: 2). En la conclusión critica también el sesgo del HSAI al incluir básicamente autores norteamericanos en detrimento de buenos etnógrafos europeos. La ciencia, dice, debería apoyarse solo en la verdad científica y ser internacional y no dar crédito en función de la nacionalidad del autor. No es seguro que Karsten lo supiera, pero en los primeros esbozos del HSAI Steward había marcado el nombre de Karsten entre los etnólogos del Chaco y de los pueblos jíbaros, aunque al final no le invitaron.



El americanismo europeo no se comprendería sin la comunidad científica alemana, con la que existía una relación continuada desde el resto del continente solo interrumpida por la guerra, y de cuya escuela la antropología era deudora. Recordemos que fue Adolf Bastian el impulsor desde el Museum für Völkerkunde de Berlín del concepto de provincias culturales, mientras que Leo Frobenius incorporó el de círculo cultural, más tarde elaborado por Wilhelm Schmidt y Wilhelm Koppers, centrales en la conservadora escuela de Viena, y reconvertido después en el de área cultural, desde una perspectiva más progresista, por Franz Boas en Estados Unidos (Bender, 2017).

Decíamos más arriba que Rivet y Nordenskiöld trabajaron por restablecer un entendimiento en el mundo científico de nacionalidades que habían luchado en bandos contrarios en tiempos de la Gran Guerra, en aras a promover la paz en Europa; un punto de inflexión fue la foto de inauguración del Congreso Internacional de Americanistas que impulsaron en Gotemburgo el año 1924, donde Rivet posó junto a Karl Von den Steinen para la prensa sueca (Rivet, 1932). En la preparación de dicho congreso ambos colaboraron intensamente junto a Theodor Koch-Grünberg (1872-1924). Este humanista alemán de referencia para el americanismo se convierte en etnólogo al regresar de su primera expedición al río Xingú (Amazonía brasileña) en 1899. En 1901, por medio de Adolf Bastian y Karl von den Steinen, entra como voluntario en el Museo Real de Antropología de Berlín y como auxiliar científico en 1902, desde cuyo puesto emprende su segunda expedición de más de veinte meses a territorio amazónico en 1903 (la tercera sería en 1911). Fue pionero de la observación participante *avant la lettre*, pero también de la fotografía en el campo (realizó más de mil fotografías) que llevó junto a numerosas muestras etnográficas y algunas grabaciones de cantos al Museo de Berlín. Allí trabajó hasta su incorporación en la Universidad de Friburgo en 1909. En 1915 se convirtió en director científico del Museo Linden de Stuttgart, y profesor de antropología en la Universidad de Heidelberg. Murió de malaria en su última expedición en Brasil, en 1924 (Kraus, 2010a: 15-19). Gracias a su conocimiento cercano, dispensaba a los indígenas un trato igualitario, sin caer excesivamente en la imagen del buen salvaje, y criticó duramente el menosprecio que les profesaba la sociedad blanca. Quizás por ello se abstuvo de ensayos teóricos e intentos clasificatorios explícitos (Kraus, 2010a: 29) y su obra es fundamentalmente descriptiva, solo comparativa en ámbitos muy específicos (los petroglifos, o la antropofagia) y en su etapa más madura,

en el marco de una área restringida (Norte de Brasil) (Kraus, 2010a: 31). En definitiva, por un lado, estas figuras del americanismo europeo incipiente tuvieron un papel clave en la constitución de museos de referencia, pero sus clasificaciones culturales, cuando las hubo, tuvieron menos trascendencia; por otro lado, Koch-Grünberg y Nordenskiöld destacaron por sus cualidades etnográficas y empatía con los indígenas, y junto a Rivet por sus posicionamientos contrarios a la guerra, al fascismo y en pro de la solidaridad internacional y la paz. En cambio, en Estados Unidos evoluciona simultáneamente otra corriente también originada en aquella cuna de la Alemania finisecular, con Boas, igualmente comprometida en sus inicios, pero cuyo recorrido configurará una mirada sustancialmente distinta<sup>10</sup>.

## Elementos para la comprensión de la tradición clasificatoria americana

A menudo se señala a Franz Boas (1858-1942) como el antropólogo que trasladó un pensamiento antievolucionista, romántico y esencialista, construido en Alemania, a una teoría particularista de corte más abierto a Estados Unidos. Boas llegó a América del Norte en 1886 a raíz de un estudio en Canadá que le puso en contacto con la población Inuit, pero, sobre todo, su máximo interés para establecerse en América fue huir del creciente antisemitismo que vivía su país. Es bien conocida su lucha antirracista desde la antropología. Allí se había formado con Friedrich Ratzel y como asistente de Adolf Bastian (ver Mateo, Ventura y Clua, *supra*). Aunque Boas centró su interés en los pueblos indígenas de América del Norte, influyó en los estudios de América del Sur a través de sus discípulos, como Wissler y Kroeber, quienes retomaron la idea del *kulturkreise* o círculo cultural desde una perspectiva antievolucionista. Y fue uno de ellos, Clarck Wissler (1870-1947) el primer autor a dar forma a una clasificación de las áreas americanas de gran influencia. Wissler se une al equipo del National Museum of Natural History de Nueva York en 1902, con Boas, a quien sucederá, y enseña con él en

10 Señalemos que aunque pareciera que Steward acabará tomando el guante de las clasificaciones establecidas por discípulos boasianos, y ambos autores lucharon contra el nazismo durante la guerra, su visión política es opuesta: mientras Boas era socialista, Steward era liberal, (Faulhaber, 2012: 85).

Columbia (1903-1909). En 1924 se traslada a la Universidad de Yale. Etnógrafo de los pueblos indígenas de América del Norte como su maestro, integró el modelo de estratificación cultural de Nordenskiöld en su esquema sobre el desarrollo americano precolombino. Fue un gran divulgador del difusionismo en los Estados Unidos, y su propuesta será retomada bajo una forma más elaborada, por Murdock en el HRAF. En su obra clásica *The American Indian* de 1917, Wissler recopila datos de todos los campos del ser humano. Él es el autor de mapas que reproducirán hasta los años cuarenta autores de distintos lugares<sup>11</sup>. Cada capítulo está dedicado a un campo, ya sea la comida, el tejido, la cestería, la cerámica, el vestido o el calzado en cuanto a cultura material, que ha dado mapas fascinantes de organización de América en torno a aspectos banales (como si sus habitantes usan botas, mocasines, sandalias o andan descalzos), pero otros capítulos tocan la organización social o la vida espiritual, estos ya sin mapas, así como las clasificaciones arqueológicas, lingüísticas o raciales, que él denomina somáticas, donde incluye mapas de índice encefálico. Para él la cultura es un conjunto de rasgos culturales manifestados por una unidad social definida de la humanidad; pero para él los datos de la unidad social no son los únicos relevantes, y acaba concluyendo que, a pesar de la capacidad de invención particular, hay que ver las culturas en agrupaciones superiores, dado que algunos rasgos están extendidos por todo el continente, por lo que es imperativo establecer una clasificación que reduzca el número a unidades de comprensión. Por ello son relevantes sus mapas por elementos arriba aducidos y su comparación final, que le permite establecer áreas culturales, aunque acaba estableciendo dos tipos de clasificación: áreas histórico-culturales y áreas prehistóricas (Wissler, 1917: 327ss; ver también Branca, *infra*; y Fontana, *infra*). En base a esto establece las áreas de América del Norte y central, y cinco grandes áreas de América del Sur que serán más o menos reproducidas en obras posteriores como el mismo HSAI, e incluso el mismo HRAF de Yale, y que fijarán para siempre algunos grupos en la indeterminación, aunque él salvaba todas las indeterminaciones con el concepto de Centro Cultural: la cultura de estas áreas grada entre unas

11 Ver por ejemplo la enciclopedia italiana, dirigida por Bassutti en 1941 *Le Razze e i Popoli della Terra* Vol. III, que reproduce los mismos mapas de Wissler. Wissler actualizó datos en sus sucesivas ediciones, particularmente en la de 1938, mayoritariamente de arqueología y de América del Norte.

y otras; ello no es obstáculo para la clasificación, pues existen Centros Culturales desde los que irradian las influencias culturales.

Figura 3. Áreas Culturales (Wissler 1917, Fig. 67)



Otro discípulo de Franz Boas en la Universidad de Columbia fue Alfred Louis Kroeber (1876-1960). Reconocido junto a él como uno de los padres de la antropología americana (Bidney, 1965: 266), dedicó parte de su obra al establecimiento de las áreas y su teorización. Aunque llegó a la antropología a través de un interés por las lenguas, (y de hecho publicó una tipología clasificatoria de las lenguas indígenas de California en el *Handbook of the Indians of California*, en 1925), se guió más por la historia cultural y la estructura social. Ahora bien: sin caer en el determinismo whorfiano (según el cual la lengua determina la cultura), consideraba que los sistemas de clasificación social eran correlativos con los sistemas de clasificación lingüística, y creía en una afectación inconsciente de la lengua en las categorías de pensamiento y formas de comportamiento (Bidney, 1965: 268). Además, aun concediendo gran importancia a la historia, la falta de datos escritos sobre el pasado y una

investigación arqueológica todavía incipiente, le llevan a otorgar más importancia al espacio que al tiempo, y a delinear áreas culturales, que relaciona con áreas naturales o geográficas. En 1931 escribe el grueso de su *Cultural and Natural Areas of Native North America*, que como anota en el prefacio, no pudo ver la luz hasta 1939 debido a la Gran Depresión. Aunque centrada en los pueblos indígenas de América del norte, esta obra incluye áreas de México y Centro América (de hecho, a partir de 1924 se dedica a la arqueología de México y Perú, donde realiza contribuciones significativas), y es un referente por la definición de área cultural que devendrá paradigmática en los estudios posteriores. En su etnografía comparativa sustituye el concepto de centro cultural que Wissler había sido pionero en mapear, por el más sorprendente de clímax cultural. Constata que Wissler no llega a delimitar los centros, de modo que acaba considerando más determinantes las áreas. Reconoce que el principal problema de la definición de las áreas son sus límites, a menudo ambiguos pues en ellos confluyen pueblos bajo áreas de influencia distintas, a menudo más alejados de sus respectivos centros que de sus vecinos de área; por ello considera que la mejor delimitación de un área es la que no se dibuja, que debería señalarse con matices de colores, algo que la técnica de la época no permitía, con el fin que sea el lector quien se deje influir por los aspectos dinámicos de los mapas (Kroeber, 1939: 5-6). En su definición de área, se fija más en las totalidades culturales que en elementos o rasgos independientes o en su agrupación en los denominados «complejos culturales», a menudo solo una fracción de la cultura (Kroeber, 1939: 1-2). Al respecto señala que de Boas a Wissler se han elaborado mapas culturales no como totalidades sino por ámbitos (áreas de elementos específicos, como técnicas de subsistencia u otras), y que al sobreponerlas no constituían áreas como totalidades culturales, algo pendiente de hacer (Kroeber, 1939: 3). Con esa idea promueve el proyecto *Culture element survey* (1934-1935) que implicará 13 estudiantes y 25 monografías de unidades territoriales de los pueblos indígenas de Norteamérica para, con el método estadístico, establecer las clasificaciones culturales, es decir, un método taxonómico considerado objetivo que en sus inicios combinó con una interpretación histórica subjetiva, abandonada más tarde (Bidney, 1965: 268-270). El área cultural, sin embargo (cuya expresión cree desacertada porque enfatiza la idea de área más que la de cultura), es un medio, no un fin en sí mismo; la finalidad de la comparación es comprender los procesos culturales como tales, o los acontecimientos históricos de la cultura que, además, como ya había

señalado Wissler, no están determinados por la naturaleza (Kroeber, 1939: 6). Con Wissler y sobre todo con Kroeber se asienta el paradigma en Estados Unidos que materializará el gran proyecto de J. Steward desde la Smithsonian Institution.

## Entre el americanismo empirista y el servicio a las instituciones de gobierno

Si existe una figura clave, un verdadero puente entre Europa, Estados Unidos y América Latina, este fue Alfred Métraux (1902 -1963). Nacido en Lausanne, Suiza, vivió su infancia hasta los trece años en Mendoza (Argentina), donde al parecer jugaba con pares mapuches, periodo que lo convirtió en «mestizo cultural», según Edgardo Krebs, el curador de la exposición a él dedicada en el National Museum of Natural History organizada por la Smithsonian Institution de Washington (Krebs, 2005). Formado primero en historia y archivística, después en etnología en la École pratique des hautes études con Marcel Mauss (con quien mantenía una relación tensa por su apuesta por la descripción etnográfica por encima de la teoría), fue discípulo de Paul Rivet en París y Erland Nordenskiöld en Gotemburgo. Métraux ha sido considerado un etnógrafo entre etnógrafos, y a pesar de que algunas revisiones contemporáneas a partir de sus cartas y notas de campo publicadas póstumamente relativizan su dimensión humana, se mantiene el consenso sobre su erudición etnológica, mostrada en su colaboración en el HSAI (Villar, 2016: 100). Podríamos hablar de distintos Métraux, según si consideramos su prolífica labor etnográfica en distintos lugares de América del Sur, particularmente en el Chaco argentino-boliviano; su tarea comparativa, a través entre otros de su participación en el HSAI; o incluso su incidencia en la política internacional, a través principalmente de su responsabilidad en la UNESCO.

Una de sus primeras acciones en América fue la creación y dirección (entre 1928 y 1932) de un museo de etnología en Tucumán, recomendado por Paul Rivet, en la época el americanista francés más influyente (Krebs 2005), e inspirado en el Museo Etnográfico de Gotemburgo (Villar, 2016: 101-102). Durante esta etapa crea la *Revista de Etnología de la Universidad de Tucumán* abierta a estudios etnográficos americanistas en seis lenguas, que le permitirá relacionarse con y dar a conocer los trabajos de un gran número de especialistas (Krebs, 2005), como hiciera

Paul Rivet con el *Journal de la Société des Américanistes* en la época (Laurière, 2009: 100-103). En 1929 emprende una misión a la región chiriguano, siguiendo los pasos de la que realizara su maestro sueco en 1908-1909, con el objetivo, entre otros, de recopilar objetos de la cultura material para el museo. A su entender, la cerámica era una manera objetiva de reproducir los procesos de contacto cultural, hibridación y mestizaje (Villar, 2016: 105). La profusión de documentación histórica que manejaron ambos les permitió reseguir los procesos de formación, evolución y dispersión de las poblaciones y por consiguiente detectar migraciones, préstamos y «aculturación»; y, en contraposición a las tesis habituales que establecían un sentido único de difusión desde los Andes a las Tierras bajas, proponer una difusión bidireccional fruto del intercambio, que convertiría estos grupos en un ejemplo de transición entre Andes, Chaco y Tierras Bajas (Villar, 2016: 102). Estos hallazgos deberían fácilmente haber conducido a una reconsideración de la noción de área cultural, pero parece que por aquel tiempo esta ya había impregnado la mirada comparativa y las consideraciones se reducían a matizar los límites y transiciones entre áreas, no a una enmienda a la totalidad. En este sentido, al ubicar la «civilización tupí-guaraní», Métraux había establecido al grupo chiriguano, acreedor de influencias arawak y andinas, en el polo opuesto a los grupos «primordiales», u «originales», los tupinamba de la costa del Brasil (Métraux, 1928, en Villar, 2016: 102). Mención aparte merecen las influencias «criollas», que siguiendo la tónica de la época, más que contribuir a hibridación, son un paso para la desaparición (Villar, 2016: 106-107). Cabe señalar que Métraux sufre, al igual que los etnólogos que le precedieron, de un cierto evolucionismo al considerar las diferencias entre los grupos indígenas de la región en términos de gradación en una escala de la complejidad cultural, desde «los chaqueños típicos» (chorote, wichí, toba, nivacé), «inferiores» a los grupos más refinados como los chiriguano o los chané, receptores de influencias culturales andinas o amazónicas (Villar, 2016: 110).

De regreso a París, en 1934, a propuesta de Rivet forma parte de la Misión franco-belga a la isla de Pascua y en 1937 se incorpora en el Bernice Bishop Museum de Honolulu (Hawái) para publicar sus resultados. En 1938 Alfred Métraux llega a los Estados Unidos como profesor visitante de la U. de California en Berkeley donde descubre la antropología norteamericana y es becado por la Fundación Guggenheim de 1939 a 1941 (Brohan *et al.*, 2013: 28), año en que se estableció como miembro del Bureau of American Ethnology de la Smithsonian



Institution en Washington<sup>12</sup>. Desde allí, su contribución más conocida fue su participación en el *Handbook of South American Indians* coordinado por Julian Steward como asistente de edición, rol para el que fue contratado en 1941<sup>13</sup>, pero también como nexo en distintos proyectos que implicaban a las administraciones norteamericana y de algunos países de América Latina, como el proyecto Amazónico, avalado por John Gillin; o en su rol de Asistente de Dirección del Institute of Social Anthropology (ISA) de la Smithsonian Institution durante los dos primeros años de su existencia (1943-1945); creado por J. Steward en 1943 y activo hasta 1952, el ISA tenía por objeto desarrollar proyectos «colaborativos» de investigación y docencia particularmente con países de América Latina, algunos de los cuales más tarde derivarían en colaboración con la Inteligencia Norteamericana<sup>14</sup>, en un momento en que una parte de la disciplina creía necesario este tributo; como expresó uno de los partenaires de Métraux en Perú: «Los antropólogos, como conversábamos con el mismo Dr. Gillin, deben justificar los gastos ayudando al Estado en la solución de sus problemas»<sup>15</sup>.

La contribución de Métraux en el HSAI fue enorme, no solo por participar en el comité restringido de preparación, por la cantidad considerable de entradas que le fueron asignadas –tanto en el volumen 1 dedicado a las «Tribus marginales» (1946), el 3 a las «Tribus de la Selva tropical» (1948) o el 4 a las «Tribus circuncaribes» (1948), como a artículos de síntesis temática en el volumen 5 dedicado a la «Etnología comparada de los indios de Sudamérica» (1949)–, sino también por su rol puente con buena parte de participantes de Latinoamérica y su papel clave como asesor de toda el área. Aunque su aportación es principalmente descriptiva, encontramos una manifestación explícita de su noción de área en un texto referido a la región guayano-amazónica (Métraux, 1946a). En este

12 Desde este puesto pudo organizar el exilio de C. Lévi-Strauss a los Estados Unidos, en plena persecución de los judíos en Europa (Lévi-Strauss, 1964: 6).

13 *Fifty-Eighth Annual Report of the Bureau of American Ethnology 1940-1941*, Washington, US Government Printing Office, 1942, p. 6 y *Fifty-Ninth Annual Report of the Bureau of American Ethnology 1941-1942*, Washington, US Government Printing Office, 1943, p. 11.

14 Price (2008) es uno de los autores que lo ha puesto en el centro del debate; ver también Faulhaber (2011) y la versión conciliadora de A.P. Castro (2010).

15 Carta de L. Valcárcel a J. Steward, 24 de marzo de 1941. «Correspondance», Records of the HSAI, Smithsonian Institution, National Anthropological Archives, Washington (en adelante: Records of the HSAI, NAA). J. Gillin fue responsable del ISA en Perú, al tiempo que G. Foster lo fuera en México y D. Pierson en Brasil.

artículo las familias lingüísticas son el punto de referencia inexplicito de las agrupaciones sometidas a examen, y la obtención de recursos (agricultura versus nomadismo predador) el marcador de niveles de «civilización» que conducen a situar unos grupos en la gran clasificación de «marginales» –categoría sistematizada por el padre J. Cooper en 1941– o en estadios «más elevados»<sup>16</sup>.

Figura 4. «Las principales regiones culturales de América del Sur» según Métraux (1946b: 19).



16 En un texto de síntesis de sus estudios para el público francés (principalmente sobre Guyana, Amazonía, Gran Chaco y Tierra del Fuego), reproduce a grandes rasgos el mapa de Wissler, donde las grandes áreas de aquél son aquí «civilizaciones», que incluyen «regiones culturales» cuya denominación tiene base lingüística, como la chibcha, quechua y araucana, que forman parte de la civilización andina (Métraux, 1982[1946b]: 19).

Ya en el seno de estas categorías, el estudio pasa a centrarse en «afinidades culturales», como es el caso de las cuencas del Amazonas y el Orinoco. Destaca una afinidad considerable en el tipo de economía (agricultura sedentaria) y en la variedad de familias lingüísticas (tupi-guaraní, arawak, carib y pano) y sus migraciones, que han contribuido a la difusión de técnicas, ritos, creencias e instituciones sociales, que a su vez han acentuado la uniformidad. Esta es matizada por los intercambios e influencias andinas que han introducido variedad y diferencia, especialmente entre el Este y el Oeste de la América Tropical<sup>17</sup> –aunque entre ellas hay distinciones no atribuibles a la influencia andina, como la preferencia por la yuca amarga o dulce, de la cerbatana, el curare o ciertos narcóticos, el vestido de corteza o el tambor. Insiste que a este nivel, parecidos y diferencias culturales no tienen nada que ver con las afinidades lingüísticas, sino con unidad de vertiente fluvial debido a la difusión, que puede marcar «regiones caracterizadas por un cierto tipo de civilización» (Métraux, 1946a: 133-135). Recordemos que Métraux piensa en términos de «civilización» subdividida en «provincias culturales y en regiones culturales» (Métraux, 1946a: 142), una forma de establecer subdivisiones culturales jerarquizadas bajo terminología geopolítica<sup>18</sup>. Así, aún con las limitaciones debidas a la desigualdad de conocimiento sobre los distintos grupos, y a la difícil selección de temas clave para la inclusión, Métraux propone a modo de hipótesis una subdivisión de la Civilización Guyano-amazónica en 24 «provincias», a redefinir en el futuro conforme aumente el conocimiento de sus grupos (Métraux, 1946a: 144-153).

En abril de 1945 Métraux fue enviado a Europa como representante del Departamento de Guerra de los Estados Unidos<sup>19</sup>; en 1946 devino funcionario internacional en la Organización de las NNUU desde Nueva York, y más tarde, de la UNESCO, ya en París, desde donde entre 1947 y 1961 luchó incansablemente, al decir de uno de sus grandes colegas, «contra todas las barreras de razas, colores, clases, etnias,

17 Recordemos que tres décadas más tarde la arqueología, con D. Lathrap (1970), empezará a hablar de influencias inversas entre el centro de la Cuenca amazónica y la Amazonía andina.

18 Aunque parece que Métraux usa la noción de civilización en un sentido tecnológico, se acerca más al de área cultural en el sentido de «estilo cultural» tal como lo ha definido Descola (1991, 2019).

19 Carta de J. Steward a John E. Bender, investigador asociado del memmonite Central Committee, 26 julio 1945, «Correspondance», Records of the HSAI, NAA; cf. También el *Sixty-Second Annual Report of the Bureau of American Ethnology 1944-1945*, Washington, United States Government Printing Office, 1946, p. 5.

culturas, con el fin de realizar, si no quizás la comunión, si al menos la cooperación fraternal de los hombres, independientemente de su color de piel u origen» (Bastide, 1964: 8). Desde la UNESCO será consejero o responsable de proyectos científicos como el de la Hylea amazónica (en Manaos, Brasil) o de desarrollo (en Haití) y desde 1950 dirigirá el Departamento de ciencias Sociales. Si durante su etapa norteamericana había contribuido desde una institución del Gobierno (Smithsonian Institution), y el HSAI, a conectar investigadores del norte y del sur también en beneficio gubernamental, y a erigir la antropología como colaboradora con el estado durante la Segunda Guerra Mundial<sup>20</sup>, en esta nueva etapa en la UNESCO propone una versión opuesta: la antropología ha de ser útil a la sociedad por su mirada al ser humano y sus relaciones, más allá de sus habilidades para la administración y su especialización regional (Métraux, 1952), convirtiéndose en constructora de paz entre pueblos (ver sus colecciones contra el racismo y su trabajo póstumo «Compromiso y resolución de conflictos», Métraux, 1963). Desde 1959 fue también profesor en la École pratique des hautes études.

### El *Handbook of South American Indians*, paradigma de las áreas culturales de América del Sur

El *Handbook of South American Indians* (HSAI) surgió con la definición kroebiana de área cultural como telón de fondo. Un proyecto de gran envergadura que se empezó a forjar en los años treinta de la mano de Robert Lowie, quien tuvo que desistir por falta de presupuesto. En 1938 Julian H. Steward consigue los primeros fondos del Congreso, a ser administrados por el Bureau of American Ethnology (responsable desde entonces de la edición del proyecto), del que era antropólogo asociado desde 1935, y el apoyo de la Smithsonian Institution; Steward (1902-1972) impulsor de la escuela de la ecología cultural, crítica con el difusionismo y la historia cultural y defensor del determinismo medioambiental en el desarrollo de las culturas, ha sido para el americanismo el alma máter del HSAI<sup>21</sup>. Especialista primero en América

20 Ver más adelante, en la sección dedicada a J. Steward y el HSAI; ver también Mateo, Ventura y Clua, *supra*.

21 Para el detalle del primer inventario de culturas americanas (*Distributional Survey of South American Culture*) y los inicios del HSAI, ver también Martínez Mauri, *infra*.

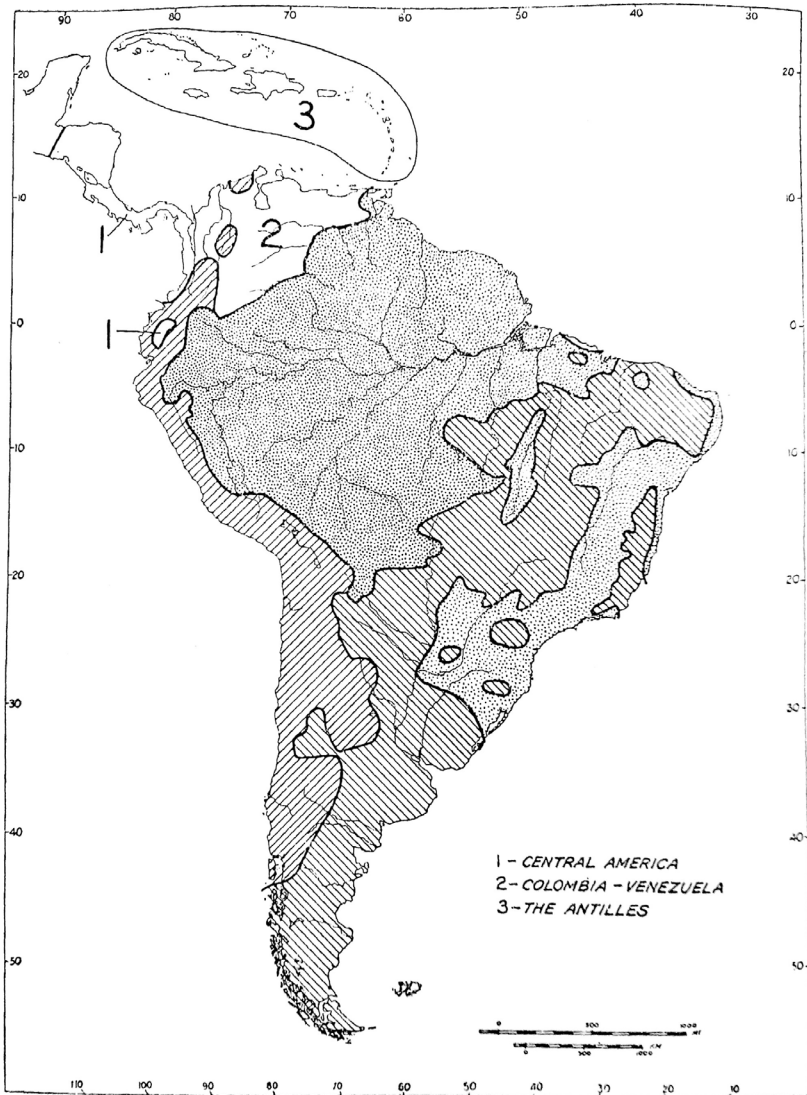
del Norte, viaja a los Andes ecuatorianos en 1938 como contacto preliminar para la preparación del HSAI<sup>22</sup>. En octubre del 1939 Steward redacta cartas a personalidades como Franz Boas o Ruth Benedict con los primeros índices pidiendo consejo, convencido que la estructura mejoraría con el tiempo. En aquel momento se trataba de 2 volúmenes de unas 1000 páginas cada uno, predominantemente descriptivo de culturas, con énfasis en etnografía, mientras que la aculturación debería «estar mayoritariamente omitida tanto por consideraciones prácticas como políticas»<sup>23</sup>. La obra se concebía con entradas de autor, con relatores especialistas en las partes V (grandes subdivisiones) y VI (temática) y un tiempo de edición de cinco años. En un segundo borrador se proyectan 3 volúmenes, y más adelante 4, hasta llegar a los 6 finales (más uno de índice), con variaciones en la distribución de áreas. En agosto de 1942<sup>24</sup> las grandes áreas se distribuyen en: 1) Tierras Altas (Andina y otras), 2) Selvas tropicales y sabanas; 3) Este del Brasil, 4) Chaco, 5) cazadores del sur y 6) América Central. Las áreas variarán con los volúmenes hasta llegar a la distribución final en 4 grandes regiones: Tribus marginales, Andes, Selva Tropical, Circuncaribe (actuales 4 volúmenes, publicados entre 1946 y 1948), un último de compendio temático, (quinto volumen, 1949), seguido de un sexto dedicado a la antropología física, la lingüística y la geografía cultural (1950) y un último al índice (1959). Estas áreas organizadas en subáreas culturales han quedado en el imaginario americanista, aunque en las últimas décadas todo aquel macroproyecto, con sus implicaciones teóricas y políticas, ha sido revisado.

22 *Fifty-Sixth Annual report of the Bureau of American Ethnology 1938-1939*, United States Government Printing Office, Washington, p. 5.

23 Las cartas a Boas y a Benedict eran cuasi idénticas, excepto que en la destinada a Boas añade esta frase sobre la omisión de la aculturación. En este sentido, todos los debates en torno al contenido del *Handbook* generados desde finales de los años treinta hasta finales de los cuarenta, se refieren a las clasificaciones de culturas estáticas.

24 «Handbook of South American Indians, Outline as of Aug.20.1942», Administrative and Reference Files, Records of the HSAI, NAA.

Figura 5. Áreas culturales tratadas en el Volumen 4. (Punteado, Tribus de la selva tropical, volumen 3; Diagonal inclinado hacia la izquierda, Civilizaciones andinas, volumen 2; y Diagonal inclinado hacia la derecha, Tribus Marginales, Volumen 1)



Fuente: Steward 1948, Handbook of South American Indians. vol.4: xx)

En el memorándum del proyecto<sup>25</sup>, Steward resume sus objetivos en cuanto a «las políticas de buena vecindad»: 1) Un ímpetu para la penetración científica e intelectual de América del Sur estimulando el interés del subcontinente entre académicos del norte; 2) Una empresa cooperativa entre científicos del sur y del norte (empresa que, según Priscila Faulhaber [2012]) estuvo marcada por una relación jerárquica, donde los del sur fueron considerados como meros etnógrafos de campo); 3) Proveer información de valor práctico en las relaciones exteriores: el conocimiento de las costumbres nativas podía ayudar a la formulación de políticas comerciales y políticas, como se había hecho hasta entonces en Europa; y 4) Alcanzar el objetivo de científicos del norte y del sur de reunir datos dispersos.

El HSAI dedicó años a discusiones y anotaciones para encontrar la fórmula para subdividir esta gran área cultural americana en agrupaciones coherentes. Sus áreas son fruto de consultas con grandes antropólogos de la época, como Boas, Benedict y Kroeber, etnólogos «locales» como Baldus<sup>26</sup> y fruto de intensos debates entre algunos de los académicos que participaron en el proyecto. En la primera propuesta, que retoma la iniciada por el National Research Council a inicios de los años treinta, Steward señala que no se iniciarán solicitudes de financiación hasta tener claro el esquema, un esbozo del cual envía a Lowie, Kroeber y Spier. Allí explica que los dos principales objetivos son «reunir y ordenar todo lo que es conocido y aclarar qué queda por investigar en el campo en el futuro», pero aceptando que los límites entre áreas se basan parcialmente en áreas culturales o grupos, pero parcialmente también en la disponibilidad de personas que puedan tratarlas con autoridad, a pesar de intentar que ambos extremos coincidan. En una larga reunión (casi 40 páginas de transcripción) el 22 de noviembre de 1941<sup>27</sup> junto a Irving Goldman, John Gillin, Robert Lowie, John Cooper, Claude Lévi-Strauss y Alfred Métraux, discuten qué parámetros usarán para incluir determinados grupos en determinadas áreas, y mientras Lévi-Strauss considera relevante partir de regiones geográficas, Steward aboga por ceñirse a las culturales, y Métraux propone incluir el grupo lingüístico, basándose en los datos de J. A. Mason, quien edita el capítulo destinado

25 Ibid.

26 Correspondence, Records of the HSAI, NAA.

27 «Record of Conference held at the Smithsonian Institution, November 22, 1941, re: Handbook of South American Indians», Administrative and Reference Files, Records of the HSAI, NAA.



a las lenguas; se debate sobre los grupos dudosos, sobre la importancia de incorporar todo el conocimiento aunque no pueda compararse con grupos sin datos disponibles, y se debate también sobre la importancia de incorporar hechos, a propuesta de Steward, quien insiste en la naturaleza principalmente descriptiva de la obra; hechos que al final pueden hacer cambiar la inclusión de ciertos grupos en ciertas áreas; Goldman previene que enfatizar la cultura material produce unas áreas distintas que hacerlo con la estructura social y Métraux considera que los autores deberían ser menos teóricos y optimistas y centrarse en datos concretos. Cooper habla de la complejidad del continente sudamericano y la necesidad de los estudiosos de tener certezas, de tener una clasificación clara, y el deber de definir las agrupaciones que no encajan en una categoría o en la otra (el proyecto inicial contemplaba volúmenes para Andes, Amazonía, Tribus marginales, y el resto agrupado por su exclusión).

Durante el primer lustro de la década de los cuarenta se suceden los borradores de distribución de grupos en áreas y subáreas, de asignación de autores, de número de palabras dedicadas a cada entrada, de importes a pagar a los autores, de cartas de autores solicitando aumentar espacio, aplazar entregas, de esbozos de mapas donde no aparecen tribus sino autores; de pagos, de intercambios con la administración por cuestiones banales, con especialistas sobre cuestiones de contenido; una documentación administrativa que nos habla de la colosal dedicación del editor y su grupo de asesores más íntimo, pero también de otras cuestiones. En efecto, un análisis de la correspondencia cuidadosamente ordenada en el archivo dedicado al HSAI nos muestra aquellas relaciones de poder entre autores del Norte y del Sur ya mencionadas, y de un tono pretendidamente neutro, poco empático para con la situación social y política de los vecinos del sur, indígenas o no; pero también la influencia de la variable coyuntural en la adscripción de los textos a los autores, de los grupos étnicos a los volúmenes, a veces resultado de imponderables, que han dado lugar a errores reproducidos sin cesar desde entonces: los grupos cayapa y colorado del Ecuador por ejemplo, debían ser descritos en un texto de 7.500 palabras por Paul Kirchhoff, entonces residente en México D.F., encargado de algunos grupos del norte de Sudamérica y también de Centroamérica<sup>28</sup>. En el índice previsto

28 Parece curioso que se incluya una sección de tribus de centroamérica en un Manual de Indios de América del Sur, algo que el propio Steward justifica, aduciendo que sus culturas son del tipo de América del Sur. Ver Carta de J. Steward a

el 20 de agosto de 1942, se hallaban en un apartado denominado «Tropical Forest Coast South of Chocó», dentro de la primera sección del volumen 2 destinado a las Tierras altas (que comprendía una sección dedicada a Colombia y Ecuador y otra al área Inca: Perú, Ecuador y Bolivia), pero sus textos no llegaron a tiempo (algo que el autor justificó alegando la pertinencia de dedicar un volumen específico a los grupos de esta sección del volumen 2 y Centroamérica, así como parte de los que debía escribir para el volumen 3 dedicado a los bosques tropicales: era su apuesta por el área Circuncaribe (ver Martínez Mauri, *infra*)<sup>29</sup>; el volumen de los Andes salió así sin las entradas de aquellos grupos. Un ataque al corazón en 1942, junto a su precariedad laboral y dificultades económicas y administrativas le hicieron abandonar aquel encargo, por lo que los capítulos dedicados a los grupos cayapa y colorado se reasignaron a John Murra y se acabaron publicando en un texto de 5000 palabras en el 4.º volumen dedicado al área circuncaribe<sup>30</sup>. En su síntesis *post factum* del 5.º volumen, Lowie sugiere una mayor similitud de los grupos cayapa y colorado con los grupos de selva tropical (en cuyo 3.º volumen tampoco habían salido) pero ya era tarde, y estos grupos de la familia lingüística sud-barbacoa quedaron para siempre adscritos a un área de difícil encaje (Ventura 2018).

Alrededor de cien autores contribuyeron con artículos más o menos extensos según varias fuentes, la mitad de los cuales eran de América Latina<sup>31</sup>. Entre los norteamericanos, dominan aquellos procedentes del National Museum of Natural History o del Bureau of American Ethnology en Washington, de la Universidad de Columbia y otras

A.Gusar, 2 Noviembre 1944, «Correspondence», Records of the HSAI, NAA.

29 De hecho, el volumen de la selva tropical (finalmente volumen 3), debía salir antes del segundo (Andes), pero a falta de disponer de todos los textos, se intercambió el orden.

30 En el recibo por el trabajo pagado a John Murra de 21 de febrero de 1945, consta «a manuscript of approximately 5000 words, describing the ethnology of the Cayapa and Colorado Indians of tropical Ecuador», Administrative and Reference Files, Records of the HSAI, NAA.

31 A. P.Castro (2010), basado en el *Annual Report of the Board of Regents* of the Smithsonian Institution de 1942, habla de «cerca de cien autores», la mitad de los cuales procedía de América Latina; es importante señalar la divergencia entre el número de autores proyectados y los que finalmente llegaron a contribuir. En los informes anuales del BAE pasan de 33 (1941) a 90 (1942) y 100 (1943), y señalan también que la mitad eran latinoamericanos. Sin embargo, la lista de destinatarios de ejemplares de los cinco primeros volúmenes del HSAI posterior a diciembre de 1945 estaba compuesta por 73 personas, de las cuales solo 4 mujeres, 25 especialistas de América Latina y ningún antropólogo europeo no afincado en América.

instituciones de New York. Por otro lado, aunque en algunos de los últimos volúmenes Steward agradece al Strategic Index of America de la Yale University por el apoyo en la traducción de artículos, solo hay 3 investigadores de la Universidad de Yale, donde paralelamente se gestaba otro gran proyecto de colección de información bien conocido de la antropología americana, e ideológicamente más orientado a servir los intereses gubernamentales.

## De las áreas culturales a las áreas geoestratégicas

El Institute of Human Relations (IHR) de la Universidad de Yale estableció en 1937 el Cross-Cultural Survey (CCS) en su programa para organizar una muestra comparativa mundial que debería devenir una especie de «banco del conocimiento». Destinado a la integración de las ciencias sociales y psicológicas, partía del convencimiento que «las culturas primitivas y civilizadas constituyen un laboratorio o banco de pruebas admirable para poner a prueba hipótesis sobre comportamiento humano colectivo», por lo que se decidió reunir y organizar «la información sobre una muestra representativa de los pueblos conocidos del mundo»<sup>32</sup>. Para ello necesitaron un sistema de clasificación estandarizado de los materiales culturales, que una vez elaborado fue sometido a un centenar de especialistas de distintos campos y puesto a prueba; de su revisión salió el primer *Outline of Cultural Materials* de 1938.

Durante los años de la guerra crece el interés de la antropología aplicada con la idea de ser útil, no a las poblaciones indígenas sino al Estado (el norteamericano) y a «las relaciones con las repúblicas americanas»<sup>33</sup>. La década de los cuarenta y cincuenta ve nacer distintos proyectos vinculados a la Antropología en tiempo de guerra, como el Proyecto Amazónico liderado por John Gillin (1941) desde el Cross-Cultural Survey, o el Proyecto llevado a cabo por la Comisión Andina

32 Memorandum Strategic Index of Latin America (SIILA) (1942: 1), Administrative and Reference Files, Records of the HSAI, NAA.

33 En marzo de 1943 El Committee on War Service of Anthropologists, Division of Anthropology and Psychology del National Research Council, liderado por Ralph L. Beals, F. L. Richardson, Julian H. Steward y Joseph E. Weckler, elabora un informe (no publicable) que recopila datos sobre la elevada participación de la Antropología durante la Guerra y delinea su eventual labor futura en la misma línea. Ver esta cuestión más desarrollada en Mateo, Ventura y Clua, *supra*.

bajo el liderazgo de J. Merle Davis. Uno de ellos será el Strategic Index of Latin America (SILA), más tarde renombrado Strategic Index of the Americas, que nace en 1942.

El memorándum del SILA explica que con la entrada de los Estados Unidos en la IIGM las actividades se concentraron en Oceanía, especialmente en los territorios japoneses de Micronesia, gracias al apoyo financiero de la Carnegie Corporation. El SILA se presenta como el segundo frente del CCS, que se puso a su servicio. En la estructura organizativa se encuentran George P. Murdock (1897-1985) como director, el representante del IHR de la Universidad de Yale y el Coordinador de la Inter-American Affairs Office (CIAA), que recaía en Nelson Rockefeller. Contaba también con un directorio, un aparato administrativo, un consejo asesor y asesores puntuales. El Memorándum explica en detalle el protocolo para la compilación de materiales, así como las categorías clasificatorias para ordenar el material latinoamericano. En este caso, diverge sustancialmente de las usadas en el HSAI, empezando por el punto de partida: las áreas de América Latina están cortadas por países, y en su seno por subáreas designadas con letras. En su interior se usan divisiones «geográficas, políticas o culturales [...] realizadas bajo consejo de expertos», y son mutuamente exclusivas, reconociendo que el criterio puede haber sido a veces geográfico, a veces económico, a veces político, según los factores relevantes en cada situación<sup>34</sup>. Trasladan toda la información del CCS al Strategic Index, pero no por ejemplo la de las tribus pequeñas; también toman precauciones respecto a críticas a trabajos de antropólogos sudamericanos por si les llegara la información en estos momentos delicados. Incluso tienen lugar discusiones teóricas leves, sobre si hay que recopilar solo hechos o problemas, de los que se derivan los hechos. El representante de la oficina de Coordinación de Inter-American Affairs explica que su máximo interés es recopilar información sobre economía básica, como 1) alimentación, 2) salud –mantener a la gente tan sana como lo fueron en el pasado; 3) rehabilitación (como la realizada en la provincia del oro, en Ecuador), pero sobre todo alimentación y salud. Steward está preocupado en conocer cómo trabaja la oficina para ser realmente útil al esfuerzo de la guerra, aunque las directrices de Murdock indican no basarse para la selección de materiales en la emergencia y directivas oficiales del momento para que sean

34 Memorandum SILA 1942:10, Administrative and Reference Files, Records of the HSAI, NAA.

de utilidad en el futuro, porque la antropología, dice, no es trabajo de «información de fin de semana»<sup>35</sup>. El resultado: el SILA reunió hasta 1943 un grupo de especialistas que clasificaron culturas y subculturas de América Latina en aproximadamente cien unidades regionales<sup>36</sup>. La ventaja de este archivo es que no solo incluye grupos indígenas; la gran desventaja es que deviene una mezcla absoluta de criterios clasificatorios, quizás válido para consultas de interés geoestratégico pero de dudable utilidad para labores de antropología comparada. El interés geoestratégico gubernamental fue en efecto el principal objeto del CCS, y entre las virtudes buscadas estaba permanentemente su aplicabilidad inmediata a requerimiento del Gobierno.

Julian Steward colaboró en este proyecto, a requerimiento administrativo de la «Office for emergency management» del Departamento de Comercio del Interamerican Affairs, con el objetivo de «proveer material extremadamente útil indispensable para problemas que aparecen de vez en cuando en conexión con el trabajo con America Latina»; y del propio George Peter Murdock, con el que mantenían una relación muy cordial. En una de las cartas destinada a W. Z. Park, coordinador del Inter-American Affairs para avalar la continuidad del financiamiento del SILA, Steward explica que además de la disponibilidad de materiales ya recopilados para el momento de su necesidad, los mencionados materiales han sido útiles a otros proyectos, como el mismo HSAI<sup>37</sup>. En otra carta confiesa a Murdock que el material recopilado por el Handbook (todavía no publicado) está bajo restricciones, pero que lo hará disponible «para usos de emergencia de la guerra, que es lo importante después de todo»<sup>38</sup>. Steward no sólo contribuyó con sus materiales, con la división de las tribus de Suramérica, sino también formó parte de su Consejo Asesor desde agosto de 1942. En noviembre del mismo año, Murdock explica a Steward que además del procesamiento de los materiales, su proyecto se compromete a ofrecer copias

35 «Meeting of the advisory Board of the strategic Index of Latin America, august 29, 1942», *Correspondence*, Strategic Index of Latin America Records of the HSAI, NAA.

36 *Function and Scope of the Human Relation Area Files*, New Haven 1953- Anthropological Library, National Museum of Natural History, Smithsonian Institution, Washington (en adelante: NMNH, Washington).

37 Letter from J. Steward to W.Z.Park, December 15, 1942, *Correspondence*, Strategic Index of Latin America, Records of the HSAI, NAA.

38 Letter from J. Steward to P. Murdock, september 8, 1942, *Correspondence*, Strategic Index of Latin America, Records of the HSAI, NAA.

extra de todos los mapas, de fotografías estratégicamente importantes, que la oficina coordinadora distribuye a otras agencias gubernamentales. Entre otras, enviaron un glosario de términos importantes en portugués de Brasil y una bibliografía de la cuenca amazónica con comentarios críticos de los investigadores<sup>39</sup>.

Si bien el enfoque del HSAI respondía al interés de la primera parte de siglo por las áreas culturales, los efectos de la Segunda Guerra Mundial, y el apoyo de la antropología institucional a los programas internacionales de gobierno entre otros, dan fuerza a los estudios de áreas (*areal studies*) como el reseñado, en los que la antropología (especialmente de Washington, Columbia-Nueva York y Yale) contribuyó decididamente, dando lugar en el ámbito disciplinario a una nueva mirada. Steward escribe ad hoc en 1950 su libro *Area research. Theory and Practice*, donde explica la relación entre uno y otro ámbito. A su entender, un área puede ser una región del mundo relevante para las relaciones internacionales de los Estados Unidos, o un país, una colonia, una dependencia, o un área cultural, siendo América Latina un ejemplo de esta última (Steward, 1950: 1-7; ver también Mateo, Ventura y Clua, *supra*).

El mayor banco de datos etnográficos del mundo, The Human Relations Area Files, Incorporated (HRAF) nacerá en 1949 de la mano del mismo Murdock como adaptación a escala global del Cross Cultural Survey System, con la idea que sus materiales no descansaran solo en la sede de New Haven sino que se pudiera extender a un número de universidades que cooperaban en los archivos<sup>40</sup>. En 1951 Murdock publica «South American Culture Areas», donde señala como defectos del HSAI haber usado todos los datos disponibles para cada área, dificultando la tarea comparativa, y el uso extensivo de criterios negativos, especialmente para las «tribus marginales» y «submarginales» («no disponen de», «no practican la agricultura», etc.). Con un esquema de rasgos que serían comparables, propone 24 áreas culturales para toda América latina, desde Centroamérica, la mayoría con denominaciones geográficas y sin ninguna conexión con tipologías culturales o lingüísticas previas. Aunque, según Murdock, estas áreas se podrían agrupar en tres tipos culturales generales: andino, áreas de selva tropical, y Pampa

39 Letter from P. Murdock to J. Steward, november 18, 1942, Correspondence, Strategic Index of Latin America, Records of the HSAI, NAA. .

40 «Function and Scope of the Human Relations Area Files, Inc.», 1953, Anthropological Library, NMNH, Washington.

y Chaco, dejando para otro tipo todas las restantes de cazadores y pescadores; una clasificación igual de distorsionada que las previas (Rowe, 1953) (ver también Branca, *infra*). El HRAF ha recibido críticas tanto desde una perspectiva teórica y metodológica (González, 1990) como por sus implicaciones políticas al servicio del espionaje del Estado y de los intereses geoestratégicos norteamericanos en el mundo (Farish, 2005; Price, 2016; ver también Mateo, Ventura y Clua, *supra*).

Figura 6. Mapa de las áreas culturales de América del Sur según Murdock (1951: 417)



Pero la oposición no se ha limitado al HRAF o a algunos proyectos vinculados con intereses neocoloniales. En el último tercio del siglo xx se han abierto varias perspectivas críticas con las viejas áreas, cuya discusión no radica en los límites, o los elementos definitorios o determinantes para su constitución, sino en la concepción misma, tanto por su



énfasis culturalista y su consecuencia esencialista, como por su perspectiva colonial. Destaquemos la apuesta sociologista y dinamista, la mirada ontológica y la revisión histórica, que junto a la «emergencia indígena» (Taylor, 1984; Bengoa, 2000) nos llevarán a comprender cómo se sitúa hoy una parte significativa de la antropología americanista ante la clasificación areal.

## Más allá de la cultura: propuestas dinámicas desde Brasil

Las áreas culturales tal y como se habían entendido hasta los años cincuenta estaban impregnadas de un sesgo que ya había señalado Kroeber: la dificultad de reproducir el dinamismo cuando se fijaban y cartografiaban. Si el particularismo histórico había sorteado la transformación cultural por la vía de la difusión, muy a menudo de rasgos específicos no integrados en un conjunto, poco a poco penetra en la antropología americana un concepto que explicaría todo cambio cultural derivado del fenómeno del contacto colonial como aculturación. Ello sin duda influyó en una pérdida progresiva de eficacia heurística de las áreas para entender la diversidad o la unidad culturales. Recordemos que Steward había obliterado explícitamente incorporar la aculturación en el HSAI en su primera carta a Boas. Desde el texto clásico de Robert Redfield, Ralph Linton y Melville Herskovits (1936) fueron en auge los denominados estudios de aculturación, alejados del embate areal y minimizando la capacidad comparativa de la disciplina. Sin embargo, a partir de los años sesenta empezaron a influir en la antropología realizada desde América del Sur, que recupera el sueño de clasificar a las sociedades. Una de las figuras pioneras fue, en Brasil, Eduardo Galvão (1921-1976). Galvão se había formado en Columbia con Charles Wagley, y esta circunstancia académica le había valido una mayor consideración del propio Steward respecto de otros colegas del sur (Faulhaber, 2012: 84)<sup>41</sup>. Galvão, interesado en la sociedad cabocla («mezclada») de la Amazonía, percibió que las áreas culturales basadas en familias lingüísticas tenían poco poder explicativo de afinidades, al menos para algunos troncos (arawak, caribe) y sobre todo para entender algunas dinámicas históricas que habían obligado a convivir a grupos de distintas lenguas, entre

41 Galvão participó en el HSAI con los artículos sobre los pueblos tapirape i tene-tehara.

otros problemas; uno de ellos era la no pertinencia de las subáreas en Brasil tal como las habían definido los clásicos (nombradas como Amazónicas o de Selva tropical, o incluso «áreas de la mandioca» en el caso de las áreas en base alimentaria de Wissler). Así, aduciendo que en Steward se superponía la noción de área y tipo cultural con una visión diacrónica de desarrollo cultural, las relaciones ecológicas y la integración sociocultural, Galvão valora en Murdock el énfasis en la distribución de determinados elementos (de cultura material, filiación lingüística, clases sociales o parentesco), más próximo a Wissler en el sentido de la disección de la cultura en sus elementos. Sin embargo, tanto uno como otro le parecen inútiles al mezclar temporalidades históricas y no considerar el contacto, tanto interno o intertribal, como externo, con la sociedad nacional, algo que él reivindica en su propuesta de áreas culturales para el Brasil (Galvão, 1960), donde para las categorías de aculturación sigue las establecidas por Ribeiro en 1957.

En 1971 Darcy Ribeiro (1922-1997) publica *Fronteras indígenas de la civilización*, que retoma un estudio de 1957 avalado por la UNESCO, organismo para el que ejerció como consultor<sup>42</sup>. El objetivo no era encontrar conjuntos culturales o áreas estratégicas de interés gubernamental; por primera vez bajo el paraguas de una organización de alcance mundial como la UNESCO<sup>43</sup>, busca evidenciar la situación de pervivencia cultural de los grupos étnicos. El estudio se centra en Brasil, como el de Galvão, pero su clasificación reverbera en todos los estudios de los pueblos indígenas, individuales o colectivos, y también con la teoría de la aculturación, y tendrá efectos en la concienciación de la sociedad. En un análisis comparativo entre el año 1900 y 1950, Ribeiro distribuye los pueblos indígenas ya no en función de sus afinidades culturales sino de su situación demográfica y «transfiguración étnica»<sup>44</sup> y para evidenciar que la colonización no ha producido solo exterminio o asimilación y mestizaje, los clasifica en grados de contacto:

42 Ribeiro, además de antropólogo, destacó por su labor en temas de educación, y como intelectual y político de izquierdas.

43 El estudio es resultado de un encargo de la UNESCO para investigar las relaciones entre indios y blancos como parte de un estudio más amplio sobre las relaciones raciales en Brasil (Ribeiro, 1971: 4).

44 Ribeiro la definió como «el proceso a través del cual las poblaciones tribales que se enfrentan a sociedades nacionales llenan los requisitos necesarios para su persistencia como entidades étnicas, mediante alteraciones sucesivas en su sustrato biológico, en su cultura y en sus formas de relación con la sociedad envolvente» (Ribeiro, 1971: 10).

tribus aisladas, en contacto intermitente, en contacto permanente, e integradas; en la casilla de 1950 añade un subgrupo: extinguidas. Ribeiro define con detalle estas categorías, que en algunos aspectos nos recuerdan las tipologías evolucionistas, pero los fines y los resultados son distintos y son alarmantes: en medio siglo se ha extinguido el 37,8 % de los 230 pueblos indígenas que el autor había tomado como muestra, y de las 105 tribus aisladas de principio de siglo, ya solo quedaban 33. Julio Cezar Melatti matizaría más tarde estos resultados (2007: 47-57), comparándolos con datos del 2000, alegando tanto la mirada purista de Ribeiro, que consideraba extinguidos pueblos «mezclados», como falta de información sobre algunos grupos en la época, pero también debido a un despertar de la conciencia indígena, que ha permitido a muchos grupos un resurgir demográfico.

Quizás uno de los pocos intentos clasificatorios de los indios de toda América del Sur en clave dinámica fue el esfuerzo del también brasileño Julio Cezar Melatti (1970; 1997) aduciendo sus virtudes pedagógicas: la reunión en áreas permite demostrar la diversidad. Para evitar los anacronismos precedentes, Melatti recurre a la tipología de Eduardo Galvão (1960), que reunía solo grupos indígenas contemporáneos, y se centraba en el contacto interétnico y con la sociedad nacional. Ello llevó Melatti a reemplazar las «áreas culturales» por «polos de articulación», que aunque no dieran cuenta de ciertos elementos clave que sí subrayaban las viejas áreas (como las formas de organización social o económica), ofrecían explicaciones más dinámicas de las agrupaciones sociales. Melatti incorpora sociedades multiétnicas, la relación con la sociedad nacional, y los contactos e intercambios. En la edición de 2007 reconoce que no todo contacto implica homogeneización, que es la diferencia la que permite mantener el intercambio, y lo mismo ocurre con las relaciones con la sociedad nacional, que pueden provocar reivindicaciones de la particularidad (2007: 78-79). Por ello, en su nueva propuesta de áreas insiste que solo busca una presentación panorámica de los pueblos que las conforman, y sigue reformulando las áreas establecidas por Galvão. Ahora asume que los polos de articulación no siempre son posibles de determinar por falta de información, y además que, más que bajo la noción de área, deberían ser expuestos como una red. Reconoce también que algunas áreas existen por haber generado mayor interés de los etnólogos que de los propios indígenas, pero considera que no hay que rechazar las áreas ya consagradas, por lo que finalmente opta por la denominación de áreas etnográficas. Aunque en

la nueva versión, el criterio es menos presentista, y aunque mantiene la virtud de no esencializar a los pueblos indígenas, nos sigue dificultando buscar causas comunes a la diversidad, otorgando un valor preponderante a las relaciones de poder externas y limitando el peso de la agencia indígena.

### Reflexiones finales: la clasificación de los pueblos indígenas hoy

¿Qué nos queda de este recorrido por un siglo de voluntades clasificatorias? No es este el espacio para desarrollar tantas otras miradas alternativas a las áreas culturales, o las críticas frecuentes a que han sido sometidas por razones aducidas más arriba. Existe sin embargo una propuesta, que a la vez que busca ir más allá de los paradigmas culturalistas, sigue enraizada en la etnografía y fiel a la búsqueda de sentido en el comparatismo inherente a la antropología. Y sin prescindir de categorías clasificatorias, ha dado lugar a resultados de alcance más amplio.

En los cuatro volúmenes de *Las Mitológicas* y algunos otros que le sucedieron, como *La alfarera celosa* (1985), o *Historia de linces* (1991), Claude Lévi-Strauss (1908-2009) realiza, junto a muchos otros hitos, un intento de esclarecer la lógica de continuidad entre los pueblos indios de toda América. De la Tierra de Baffin a la Tierra del Fuego, la mitología amerindia experimenta una serie de transformaciones a partir de unos esquemas básicos cuyas lógicas el autor se dedica a desentrañar y que muestran la unidad de pensamiento de estas sociedades y, sobre todo, sus relaciones; porque a fin de cuentas no es tanto la lógica social interna lo que busca Lévi-Strauss, sino las relaciones entre las distintas sociedades y sus sistemas de pensamiento. Para él era imposible realizar un inventario de las culturas de forma fragmentada: no solo no es posible entender la diversidad de forma estática, sin conocer su historia, sino tampoco sin tener en cuenta las relaciones, que marcan, por afinidad o por oposición, la configuración cultural de cada grupo en cada momento (Lévi-Strauss, 1969: 37-40). De aquí el mapa complejo y continuo que dibuja de todo el mundo amerindio, aunque cabe reconocer que en su análisis predomina la mitología de sociedades de tierras bajas.

Enraizada en la etnología de las tierras bajas amerindias, concretamente amazónicas, encontramos otra propuesta que emana de la misma línea académica. Philippe Descola reconoce influencias

distintas en su obra, pero su mirada a las lógicas sociales desde una perspectiva ontológica es también fruto de su relación discipular con Lévi-Strauss. Su desarrollo teórico se gesta desde su estudio etnográfico con la sociedad achuar de la Amazonía ecuatoriana (1986). En 1991 Descola reconocía que ya no se puede hablar de la Amazonía como área cultural y que la etnología organiza su realidad social más bien en «estilos culturales» o «grandes conjuntos pluriétnicos»; consideraba que existe una enorme uniformidad en la cultura material y en el plano sociológico, y que donde encontramos diversidad es en las formas de organización de la identidad y de relación con la alteridad (Descola, 1991: 44-45). Su obra de síntesis *Par-delà nature et culture* (2005), ya en el siglo XXI, propone un cuadro de formas de identificación y de relación que permite sintetizar las ontologías dominantes en cada región del mundo, e invita a mirar más allá de afinidades sociales y materiales e incluso lingüísticas para ordenar la complejidad de los pueblos indígenas en base a su ontología. Y de su esquema se desprende que en América coexisten (a veces incluso de forma híbrida), todas las posibilidades que establece, desde el animismo, el analogismo y el totemismo, en sociedades indígenas tradicionales, al naturalismo (y analogismo) llegado de occidente. Un esquema no cartografiado que responde a un llamado transformador: organizar a las sociedades indígenas en base no a unos criterios discutidos y más o menos acertados elaborados por el investigador, sino a los parámetros que las mismas sociedades indígenas consideran relevantes para mirar el mundo, humano y no humano.

Tomar en serio a las sociedades indígenas es el fin último de esta mirada. Un objetivo compartido por otro gran proyecto que, cincuenta años después del HSAI, reúne dos mil páginas de estudios dinámicos sobre los pueblos sudamericanos: el tercer volumen de *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas* editado por Frank Salomon y Stuart B. Schwartz (1999) presenta los grupos indígenas de América del Sur como actores de su historia. Organizada por periodos, por bloques temáticos, y un cierto orden regional (particularmente la división entre tierras altas andinas y tierras bajas amazónicas), la obra da sentido a cinco siglos de contacto colonial y postcolonial de los grandes complejos pluriétnicos del subcontinente.

Sin embargo, existe todavía otro elemento a considerar. Varias críticas al sesgo colonial implícito en la construcción de las áreas, o al propio concepto de cultura que dominaba aquel paradigma, y la falta

de atención al punto de vista indígena en el establecimiento de categorías clasificatorias, junto a la evidencia cada vez mayor de la apertura de las sociedades indígenas a la globalización y la diversidad creciente que habita en el seno de sus territorios, conviven con otro fenómeno que parece ir en sentido contrario: una necesidad urgente de los pueblos indígenas de delimitar áreas territoriales para su subsistencia como tales, factores que invitan a nuevas perspectivas encaminadas a la distribución de los grupos entre fronteras (ver los textos de Fontana y Surrallés, *infra*). ¿Y qué elementos usan estos pueblos para reivindicar su unidad y sus mapas? Reivindican la consideración del uso ancestral de su territorio y su derecho a establecer las líneas demarcatorias siguiendo sus esquemas (Herlihy y Knapp, 2003); pero también, junto al derecho a disfrutarlo, el derecho a hacerlo siguiendo sus formas de interactuar en él, entre ellos y con el entorno, específicamente entre humanos y no humanos (Surrallés y García Hierro, 2004; y García Hierro y Surrallés, 2009). Unas formas de relación que han sido abordadas por la antropología de finales del siglo xx, como hemos visto más arriba.

¿Han desaparecido del mapa las áreas culturales? ¿Se han substituido por otras categorías que emanan, no ya de la noción de cultura sino quizás de otros ámbitos que inviten también a la comparación entre sociedades? ¿Por qué, y cómo, clasificamos los pueblos indígenas de América hoy? A pesar de la sucesión de defunciones atribuidas al concepto, en las últimas décadas han aparecido una serie de publicaciones encaminadas a resucitar, no tanto el área cultural como conjunto coherente de rasgos que emanan y constituyen una cultura, sino la clasificación misma como objeto (Bender, 2017; Halbmayer, 2017 y 2020; Martínez Mauri y Halbmayer, 2020) para, en aras a la comparación inherente a la antropología, organizar, intelectual o cartográficamente, la realidad sociocultural, sea esta en base a lenguas, a elementos materiales o inmateriales de la cultura, o, finalmente, a identidades surgidas de reflexiones y luchas de las propias sociedades indígenas. La antropología puede haber logrado diluir las fronteras entre agrupaciones humanas, pero no así las sociedades, las concernidas y las globales. Fronteras territoriales para reivindicar el territorio, fronteras concebidas laxas, como laxos sus contenidos. La «impureza» ha penetrado la clasificación, pero persiste, en la etnología y las sociedades amerindias, una inconsciente o plenamente consciente voluntad clasificatoria.

## Bibliografía

- Alvarsson, J. y O. Agüero (eds.) (1997), *Erland Nordenskiöld. Investigador y amigo del indígena*, Abya-Yala, Quito.
- Bassutti, R. (1941), *Le Razze e i Popoli della Terra* Vol.III, Unione Tipografico-Editore Torinese, Torino.
- Bastide, R. (1964), «Allocution de M. Roger Bastide» in «Hommage à Alfred Métraux», *L'Homme*, IV (2), pp. 8-9.
- Bender, C. (2017), «The Culture Area as Boundary Object», *Zeitschrift für Ethnologie* 142, pp. 265-288.
- Bidney, D. (1965), «The Contribution of A. L. Kroeber to Contemporary Anthropology», *International Journal of Comparative Sociology* 6, pp. 266-277.
- Bengoa, J. (2000), *La emergencia indígena en América Latina*, FCE, México, Santiago de Chile.
- Brohan, M. et al. (2013), «Présentation: Alfred Métraux ou l'ethnologie en nomade» in A. Métraux *Écrits d'Amazonie. Cosmologies, rituels, guerre et chamanisme*, CNRS Éditions, Paris, pp. 13-32.
- Capello, E. (2010), «Cartógrafos y clérigos. Misiones geodésicas y religiosas en el conocimiento geográfico del Ecuador (Siglos XVI-II-XX)», *Araucaria* 24, pp. 150-175, <[http://www.institucional.us.es/araucaria/nro24/monogr24\\_6.pdf](http://www.institucional.us.es/araucaria/nro24/monogr24_6.pdf)>.
- Castro, A. P. (2010), «Collaborative researchers or cold warriors? The origins, activities, and legacy of the Smithsonian's Institute of Social Anthropology», *Journal of International and Global Studies*, 2(1), pp. 56-82.
- Conklin, A. L. (2015), *Exposer l'humanité. Race, ethnologie et empire en France (1850-1950)*, Publications Scientifiques du Muséum national d'Histoire naturelle, Paris.
- Cooper, P. J. (1941), «Areal and Temporal aspects of aboriginal South American Culture», *Primitive Man*, 15 (1-2).
- Descola, Ph. (1991), «Amazonie» en P. Bonté y M. Izard (eds), *Dictionnaire de l'Ethnologie et de l'Anthropologie*, PUF, Paris, pp. 43-45.
- (2005), *Par-delà nature et culture*, Gallimard, Paris.
- (2019), «La notion de civilisation est née au XVIII<sup>e</sup> siècle», *Les civilisations en Cartes, La Vie – Le Monde*, p. 11.
- Faulhaber, P. (2011), «O Instituto de Antropologia Social (Estados Unidos, Brasil e México): um artefato da resposta antropológica ao “esforço de guerra”», *Mana* 17(1), pp. 9- 39.



- (2012), «The production of the Handbook of South American Indians Vol. 3 (1936-1948)», *Vibrant*, Virtual Braz. Anthr. 9(1) Brasília, <<http://dx.doi.org/10.1590/S1809-43412012000100003>>.
- Farish, M. (2005), «Archiving Areas: The Ethnogeographic Board and the Second World War», *Annals of the Association of American Geographers*, 95(3), pp. 663-679.
- Galvão, E. (1960) «Áreas culturais indígenas do Brasil: 1900-1959», *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi*, n.s., Antropologia, 8.
- García Hierro P. y Surrallés A. (2009), *Antropología de un derecho*, International Working Group for Indigenous Affairs, Copenhagen.
- González Echevarría, A. (1990), *Etnografía y comparación. La investigación intercultural en antropología*, Publicacions d'Antropologia Cultural, UAB, Bellaterra.
- Halbmayer, E. (2017), «Rethinking Culture, Area, and Comparison from the Axial Age to the Contemporary Multi-Ethnic World», *Zeitschrift für Ethnologie* 142, pp. 157-180.
- (ed) (2020), *Amerindian socio-cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica. Toward an Anthropological Understanding of the Isthmo-Colombian Area*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Herlihy, Peter H. and Gregory Knapp (2003), «Maps of, by, and for the Peoples of Latin America», *Human Organization*, 62 (4), pp. 303-314.
- Hultkrantz, A. (1997) «Algunos puntos de vista sobre la idea Nordenskiöldiana respecto a la estratificación cultural en América» en Alvarsson, J. y O. Agüero (eds), *Erland Nordenskiöld. Investigador y amigo del indígena*, Abya-Yala, Quito, pp. 127-154.
- Karsten, R. (1968[1926]), *The civilization of South American Indians, with special reference to magic and religion*, Dawsons of Pal Mall, Londres .
- (1954), «Some critical remarks on ethnological field research in South America», *Societas Scientiarum Fennica*, XIX (5), pp. 1- 32
- Kraus, M. (2010a), «De la teoría al indio. Experiencias de investigación de Theodor Koch-Grünberg», *Maguaré*, 24, pp. 13-36.
- (2010b), «Amistades Internacionales como contribución a la paz. La correspondencia entre Paul Rivet y Theodor Koch-Grünberg en el contexto de la primera Guerra Mundial», *Antípoda* 11, pp. 25-41.
- Krebs, E. (2005), «Alfred Métraux and the Handbook of South American Indians: a view from within», *History of Anthropology Newsletter*, 32 (1), <<http://repository.upenn.edu/han/vol32/iss1/3>>, pp. 3-11.

- Kroeber, A. L. (1939), *Cultural and Natural Areas of Native North America*, University of California Press, Berkeley.
- Lathrap, D. W. (1970), *The Upper Amazon. Ancient Peoples and Places*, Thames & Hudson, Londres.
- Laurière, C. (2008a), *Paul Rivet, le savant et le politique*, Publications Scientifiques du Muséum national d'Histoire naturelle, París.
- (2008b), «L'anthropologie et le politique, les premisses. Les relations entre Franz Boas et Paul Rivet (1919-1942)», *L'Homme*, 187-188 (3-4), pp. 69-92.
- (2009), «La Société des Américanistes de Paris: une société savante au service de l'américanisme», *Journal de la société des américanistes* [en línea], 95-2, <journals.openedition.org/jsa/11002> [30 de abril de 2019]; DOI: <10.4000/jsa.11002>.
- Lathrap, D. W. (1970), *The Upper Amazon. Ancient Peoples and Places*, Thames and Hudson, Londres.
- Lévi-Strauss, C. (1964), «Allocution de M. Claude Lévi-Strauss» in «Hommage à Alfred Métraux», *L'Homme*, IV (2), pp. 5-8.
- (1969 [1952]) *Raça i Història*, Barcelona, Edicions 62.
- Lindberg, Ch. (1997), «El museo como libro y situación de campo: el visionario Erland Nordenskiöld» en Alvarsson, J. y O. Agüero (eds.), *Erland Nordenskiöld. Investigador y amigo del indígena*, Abya-Yala, Quito, pp. 59-80.
- Martínez Mauri, M. y Halbmayer, E. (2020), «Ofrendas, intercambios y otros modos de relación en las socio-cosmologías indígenas contemporáneas del área istmo-colombiana», *Tabula Rasa*, 36, pp. 19-44, DOI: <https://doi.org/10.25058/20112742.n36.01>.
- Melatti, J. C. (1997), *Índios da América do Sul. Áreas etnográficas*. Instituto de Ciências Sociais, Depto. de Antropologia, Universidade de Brasília, Brasília.
- (2007 [1970]), *Índios do Brasil*, Editora da Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Métraux, A. (1946a), «La civilisation Guyano-amazonienne et ses provinces culturelles», *Acta Americana*, IV (1- 2), pp. 130-153.
- (1982[1946b]), *Les Indiens de l'Amérique du Sud*, Ed. Métailié, París.
- (1952), «Applied Anthropology in government»; United Nations. *Inventory Paper for the Wenner-Gren Foundation International Symposium on Anthropology*, Nueva York, 49, Mimeo.
- (1963), «Introduction, Compromis et resolution des conflits», UNESCO, *Revue Internationale des Sciences Sociales*, XV(2), pp. 175-187.

- Murdock, G. P. (1951), «South American Culture Areas», *Southwestern Journal of Anthropology*, 7(4), pp. 415-436.
- Nordenskiöld, E. (1929), «The American Indian as an Inventor», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 59, pp. 273-309.
- (1930), «Modifications in Indian Culture through inventions and loans», *Comparative Ethnographical Studies*, 8.
- (1931), «Origin of the Indian Civilizations in South America», *Comparative Ethnographical Studies*, 9, pp. 1-107.
- Padgen, A. (1987), *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Price, D. H. (2008) *Anthropological intelligence. The deployment and neglect of American anthropology in the Second World War*, Duke University Press, Durham.
- (2016), *Cold War Anthropology: The CIA, The Pentagon and the Growth of Dual use anthropology*, Duke University Press, Durham.
- Redfield, R.; Linton, R.; Herskovits, M. (1936), «Memorandum for the study of acculturation», *American Anthropologist*, n.s., 38, pp. 149-152.
- Riveiro, D. (1971), *Fronteras indígenas de la civilización*, Siglo XXI, México.
- Rivet, P. (1905), «Les indiens Colorados. Recit de voyage et étude ethnologique», *Journal de la Société des Américanistes*, n.s., II, pp. 177-208.
- (1932), «Nécrologie de Nils Erland Herbert Nordenskiöld», *Journal de la Société des Américanistes*, 24(2), pp. 296-307.
- (1943), *Les origines de l'homme américain*, Gallimard, Paris.
- (1944), «Adresse lue au déjeuner donné en mon honneur par "The Latin America Refugee Fund", le samedi 19 Décembre 1942, à l'Hotel Park Lane de new York», *Trois lettres, un message, une adresse*, Librairie Française S.A., México, D.F., pp. 45-52.
- y E.H. Rivière (1931), «La réorganisation du Musée d'Ethnographie du Trocadéro», *Bulletin du Musée d'ethnographie*, 1, pp. 3-11.
- Rowe, J. H. (1974 [1953]), «A review of Outline of South American Cultures» en Patricia Lyon (ed.), *Native South Americans: Ethnology of the Least Known Continent*, Little, Brown, & Cie., Boston, pp. 40-43.
- Salomon, F. (2012) «Etnología en un terreno desigual: encuentros andinos, 1532-1985», en C.I. Degregori, P.F. Sendón y P. Sando-

- val (eds.) *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana II*, Instituto de Estudios peruanos, Lima, pp. 18-97.
- y S.B. Schwartz (eds.) (1999), *The Cambridge History of the Native peoples of the Americas*, Vol. III, *South America* (parte 1 y 2), Cambridge University Press, Cambridge.
- Steward, J. H. (1950), *Area research. Theory and Practice*, Social Science Research Council, Nueva York.
- Steward, J. H. (ed.) (1946), *Handbook of South American Indians. Vol. 1. The Marginal Tribes*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington.
- (1946), *Handbook of South American Indians. Vol. 2. The Andean Civilizations*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington.
- (1948), *Handbook of South American Indians. Vol. 3. The Tropical Forest Tribes*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington.
- (1948), *Handbook of South American Indians. Vol. 4. The Circumcaribbean tribes*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington.
- (1949), *Handbook of South American Indians. Vol. 5. The Comparative Ethnology of South American Indians*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington.
- (1950), *Handbook of South American Indians. Vol. 6. Physical Anthropology, Linguistics and Cultural Geography of South American Indians*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington.
- (1959), *Handbook of South American Indians. Vol. 7. Index*, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington.
- Surrallés A. y García Hierro, P. (eds.) (2004), *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*, IWGIA, Copenhague.
- Taylor, A. C. (1984), « L'américanisme tropical, une frontière fossile de l'ethnologie? », en B. Rupp-Eisenreich, (ed.) *Histoires de l'anthropologie (xvi-xixe siècles)*, Klincksieck, París, pp. 213-232.
- Ventura i Oller, M. (2012 [2009]), *En el cruce de caminos. Identidad, cosmología y chamanismo Tsachila*, FLACSO, Abya-Yala, IFEA, Quito.
- (2018), «Al sur del lejano Oeste: marginalidad, ambivalencia y anacronismo en las clasificaciones culturales desde la perspectiva

sur-barbacoa», *Revista Española de Antropología Americana*, 48, pp. 43-63.

Villar, D. (2016), «Culture matérielle et changement: Alfred Métraux chez les Chiriguano», *Journal de la société des américanistes*, 102(2), pp. 99-119.

Wissler, C. (1917), *The American Indian. An Introduction to the Anthropology of the New World*, Douglas C. McMurtrie, Nueva York, en <[https://en.wikisource.org/wiki/The\\_American\\_Indian](https://en.wikisource.org/wiki/The_American_Indian)>.